

Acerca de la aventura de "Dos destinos"

Los que protestan por la forma en que se han iniciado las actividades cinematográficas en el Uruguay con la película "Dos destinos", no tendrán razón alguna. Lo que se exhibió al público el martes último, milagrosamente maquillado después de la "preview" ofrecida cerca de dos meses atrás, no tiene absolutamente nada que ver con el cine. Es una aventura, —una aventura rodeada de obstáculos, bueno es decirlo— pero en la cual todos los que intervinieron no tenían la más remota idea de lo que significan las palabras "guión", "montaje", "dirección", "toma de vistas". Largando a una cámara en funcionamiento a que tomara sola lo que se le ocurriera por ahí, el resultado habría sido mucho más ordenado y tendría más criterio dramático que el empleado por quienes la condujeron en esta ocasión.

Sólo resulta posible calificar el resultado obtenido como un acto de absoluta irresponsabilidad industrial. (De responsabilidad artística no cabe ni siquiera hacer una insinuación). Sin los recursos más primarios que exige la industria cinematográfica, entre los cuales figura el aparato de toma simultánea de imagen y sonido, no es "posible ni plausible" hacer nada. Glosamos la frase empleada por la Cinematográfica Delmaur al referirse a la postura crítica a adoptarse con respecto a esta aventura, porque creemos que no sólo es "posible y plausible" poner las cosas en su lugar ante esta primera manifestación de actividad en un terreno totalmente inexplorado en nuestro medio, sino que es necesario. Lo opuesto sería autorizar tácitamente a otras gentes a que procedieran con la misma tremenda ingenuidad con que procedieron las que tomaron parte en este asunto. Y en el ridículo —lo comprobaron las estruendosas carcajadas con que el público saludó varios aciertos dramáticos en el curso de estos metros de celuloide impreso exhibidos días pasados— es "posible" y quizás hasta "plausible", incurrir una sola vez. Pero nada más que una vez.

Aplaudamos la buena intención de quienes invirtieron capital en "esto" al querer hacer algo: pero señalemos al mismo tiempo a los audaces convertidos en realizadores que este asunto de hacer cine tiene sus bemoles y que lo menos que puede dedicársele es un poco de sentido común. ¿Tiene sentido común ese "paseo en bañadera" de diez minutos de duración con que se obsequia al público al presentar aspectos de la ciudad y una interminable recorrida por la Rambla Wilson? ¿Tiene sentido común ese Himno Oriental convertido en tarantela y ejecutado por un piquete de coristas ante postales del monumento de Artigas y desfiles militares por el Parque Rodó, mientras el héroe desciende dos veces del mismo avión? ¿Tiene sentido común ese despertar de la vampiresa entre almohadones de paño Lenci, teléfono modelo 1925 y sábanas con filet, crochet y macramé? ¿Lo tienen esos paseos a lo "primus jallejus" que los novios hacen por todos los rincones del Parque Rodó, deteniéndose sólo para que él desafine — todos cantan y todos desafinan en el "film"— entonando un estribillo que dice "Mía tú para siempre, mujer divina", y que es, involuntariamente, una de las cosas más divertidas que se hayan visto en la última década? ¿Y esos ejercicios ecuestres de la Escuela Militar intercalados así "a la que se me importa" como los

partidos de polo y como el camión de la Ciclolux paseando por las calles y como los autos sin empadronar y como el protagonista que dirige una plegaria al señor con los brazos en jarras, y como ese cadete "mano santa" que dice a la chica cuyo coche ha sufrido una "panne": "Esto no es nada; se arregla fácilmente" y luego mete un dedo en el motor y lo saca diciendo: "Ya está"?

Sentido común no tienen estas cosas, ni esa distribución por parejas en una fiesta cuyos invitados lucen "fracs" a las tres de la tarde y cuyas invitadas aplauden de cotelete: pero sí tienen sentido cómico. Así no pudo menos de reconocerlo el público, cuya risa culminó en ese momento en que el galán emocionado dice al padre de su novia: (General) y el susodicho contesta, "¡Qué general ni general! Eso se acabó" para oír que el mozo le dice entonces, "¡papá!" con un tono tan enternecido y tan "divertido" que ni de propósito hubiera sido posible encontrar igual.

Como estos detalles podríamos citar una innumerable cantidad en las cuatro o cinco páginas subsiguientes pero no queremos que se nos acuse de ensañamiento. Y no son meros detalles: son, desde que no hay argumento, ni continuidad, ni sincronización, un bloque compacto de imperdonables "gaffes" sobre los gestos y actos más elementales de la vida cotidiana. No condenamos "Dos destinos" como película —repetimos que nada absolutamente tiene de película— sino como mentís a nuestra condición de ciudad civilizada. Y nadie sabe más que nosotros —ansiosos de que cristalice por fin en alguna realización, aunque sea modesta y llena de defectos, nuestra aspiración de cine uruguayo— cuánto nos duele tener que hablar en esta forma en vez de haber podido estimular un impulso elemental o una aspiración, aunque no concreta, por lo menos perceptible.

R. A. D.